

## Coraje personal y dramatismo en la vida de K.Wojtyla

Manuel Alcalá\*

### I. Cónclave comprometido

Hay anécdotas en la elección de Juan Pablo II que, aunque poco conocidas, son lo bastante significativas para comprender el clima dramático en que fue elegido papa y hasta el valiente planteamiento de su pontificado.

La primera fue relatada por el periodista vienés Ernst Trost. El jueves, 5 de octubre de 1978, tras informar la tarde anterior a su periódico *Kronen Zeitung* sobre los funerales de Juan Pablo I, volaba de regreso a casa. La Roma que dejaba atrás había pasado, en pocas horas, de los rumores descabellados sobre la repentina muerte del papa Luciani (28.IX.1978) a multitud de cábalas sobre los papables. Ya en el reactor de la Austrian Airlines, en vuelo a Viena, Trost divisó al cardenal Franz König que también volvía a su archidiócesis con tiempo justo para despachar la agenda urgente y hacer las maletas para el nuevo cónclave, fijado para el sábado 14 de octubre, diez días después.

Trost había conocido a König el 13 de febrero de 1960 en circunstancias dramáticas. El cardenal vienés acababa de tener un grave accidente de tráfico, al dirigirse en coche a Yugoslavia, para participar en el funeral de su colega Alois Stepinac (Zagreb), mártir del comunismo, hoy beatificado. Trost tomó su coche y llegó al hospital de Varasdin, cuando F.König y su secretario H.Krätzl, lue-

\* Periodista. Madrid.

go su obispo auxiliar (aún inmovilizado en su cargo), salían del quirófano con pronóstico reservado. El chófer había muerto en el acto tras perder el control sobre la carretera helada y chocar frontalmente con un camión pesado.

Ahora Trost sondeaba en el avión al cardenal sobre el nuevo cónclave. Al indicarle que volvía a ser papable, König le dijo: "No debe pensar sólo en los nombres que salen a la prensa. Hay otros, como el cardenal Karol Wojtyła, de Cracovia". Ya elegido el Papa polaco, Trost preguntó a König sobre la firmeza de su opinión. Él contestó: "Entonces no estaba tan seguro"<sup>1</sup>.

La segunda anécdota la relató el mismo cardenal de Viena en la TV bávara, al cumplir 93 años (1999). Al recordar el último de sus tres cónclaves (1963, 1978 y 1978), König dijo así: "El sábado 14 de octubre de 1978, a la entrada del Vaticano, coincidí con el cardenal Wyszynski de Varsovia y le dije de broma: 'Eminencia, ¿saldrá elegido un Papa polaco?'. Creyendo el cardenal que me refería a él mismo, contestó: 'Por Dios, señor cardenal, ¿quiere usted alejarme de Polonia como Edward Gierek, secretario del partido comunista?'. Siguiendo la broma, le añadí: 'No olvide que hay otro cardenal polaco'. Él respondió: 'Sí, pero K.Wojtyła es muy joven y no tendrá votos suficientes'<sup>2</sup>.

Wyszynski se equivocó. König acertó. El nuevo cónclave empezó con optimismo. Juan Pablo II sería elegido al cuarto escrutinio por 98 votos de 111. Sin embargo, las votaciones de aquel 15 de octubre fueron porfiadas. Por filtración posterior se supo que, desde las dos primeras, los electores se dividían entre los cardenales Giuseppe Siri (Génova) y Giovanni Benelli (Florencia). El primero era candidato de los tradicionales. El segundo representaba la línea conciliar de Montini. El punto clave era, en resumidas cuentas, el futuro gobierno, más centralista o más colegial, de la Iglesia.

Las otras dos votaciones, 3ª y 4ª de la primera jornada, se estancaron y llegó el lunes 16 de octubre. Las votaciones 5ª, 6ª y 7ª no alteraron la situación. Los votos iban y venían sin alcanzar los 75 que formaban la preceptiva mayoría de dos tercios de votos para la elección<sup>3</sup>. Al parecer, entonces el cardenal de Viena sugirió el nombre de su colega de Cracovia que resultó elegido a la 8ª votación, última de la 2ª jornada.

1 Trost, *Von Varadin bis Rom*. A.Fenzl (ed), *Kardinal König*. Wien, 1985, 249-250.

2 G.Weigel, *Biografía de Juan Pablo II*, Barcelona 1999, 349. Recoge la anécdota en entrevista con algunas variantes. Esta notable hagiografía logró la condecoración "Pro Ecclesia et Pontifice".

3 Tal mayoría fue decidida por el concilio III de Letrán (1179) y se mantiene desde entonces.

Es comprensible, pues, que la amistad entre Juan Pablo II y F.König fuese cordial y que el Papa no aceptase la dimisión del arzobispo vienés al cumplir éste 75 años (1980). Sin embargo, a mediados de la década de los 80, los círculos restauracionistas de la curia vaticana persuadieron al pontífice de que König era responsable del "vuelco secularizador" en la Iglesia austríaca posconciliar. La respuesta papal rápida fue aceptar la dimisión del cardenal vienés (1985), inmovilizar definitivamente a su primer obispo auxiliar Helmut Krätzl, desde 1977, y designar obispos conservadores para las diócesis austríacas. En concreto, el elegido para Viena, H.H.Gröer OSB (1986), resultaría simplemente catastrófico, no sólo por su gran desconocimiento de la archidiócesis, sino además, por su pasado desconcertante y sus actuaciones arzobispales grises, durante la etapa centralista del nuevo pontificado.

En 1978 el cardenal Wojtyla pertenecía a la minoría derrotada en el Concilio, a pesar de alguna brillante intervención en la última etapa sobre el famoso *Esquema XIII*, luego Constitución *Gaudium et Spes*. Debido a su enfoque eclesial, más cercano al de Siri que al de Benelli, consideró tal texto como sociológico, optimista y occidental en demasía. Así se explicarían algunas reacciones posteriores a lo largo de su pontificado.

**En 1978 el cardenal Wojtyla pertenecía a la minoría derrotada en el Concilio, a pesar de alguna brillante intervención en la última etapa sobre el famoso Esquema XIII, luego Constitución Gaudium et Spes**

El cardenal Wojtyla, sin embargo, provenía del sector eclesial valiente y resistente al marxismo sin las claudicaciones que habían tenido, por ejemplo, ciertos obispos húngaros. Aportaba la nueva experiencia eslava y era reconocido políglota. Su buena salud alejaba el espectro de una muerte fulminante que había traumatizado a los electores del papa Luciani, ignorantes de sus cuatro previas operaciones quirúrgicas y de su grave afección cardíaca. A nivel universal, la actitud de Wojtyla había sido cautelosa y moderada. Así, en sus actuaciones en las asambleas del Sínodo de los obispos (1969, 1971, 1974 y 1977). Aunque en una de ellas (1974), su tesis sobre la nueva evangelización fuera derrotada, él asumió el revés con serenidad y volvió a ser elegido consejero sinodal para el siguiente periodo. Era, pues, figura conocida en los altos niveles eclesiásticos y parecía sintonizar bastante con el espíritu del Vaticano II, a pesar de algunas reservas<sup>4</sup>.

4 M.Alcalá, *Historia del Sínodo de los obispos I*. Madrid, 1996.

Lo importante es que Juan Pablo II fue consciente, el día de su elección, de que su pontificado era, de hecho, producto del tenso compromiso entre los sectores eclesiales discrepantes en el Concilio. Debía cuidar su "mediación" si quería sacar adelante su propia opinión, respetando el Concilio. Le sobraba coraje personal, pues se había curtido en la difícil situación de su patria. Pronto dio una lección magistral de gobierno con sus cuatro visitas apostólicas en 1979. Empezó con Santo Domingo y México (25.I-1.II) para ganarse, en la Asamblea del CELAM en Puebla de los Ángeles, a los obispos iberoamericanos de un Tercer Mundo que desconocía. Luego a Polonia (2.VI-10.VI), la única comunidad de mayoría católica en el Segundo Mundo, para reanimarla en su fe y resistencia activa contra el marxismo. La URSS intuyó el peligro y quiso vetar el viaje, pero desistió de ello por el riesgo de una rebelión popular. La tercera visita fue a Irlanda y a los EE.UU. de Norteamérica (29.IX-8.X), dos pilares del catolicismo sajón en el Primer Mundo, pero en un rápido proceso de secularización. La cuarta (28.XI-30.XI), finalmente, a Estambul, sede del patriarca ortodoxo y a los lugares cristianos de Turquía, mostrando al mundo un temple de sensibilidad ecuménica. Tal método de viajes apostólicos, aunque no originalmente suyo, sería la constante más llamativa y una de las más positivas de todo su pontificado.

No es extraño que el modo de su disputada elección influyese en una disposición tardía, a saber: la Constitución Apostólica *Universo Dominici Gregis* (22.II.1996), sobre la elección de su sucesor. Al igual que sus predecesores durante el siglo XX, Pío X (1904), Pío XI (1935), Pío XII (1945), Juan XXIII (1962) y Pablo VI (1975), el papa Wojtyla decretó con una minuciosidad y una energía extremas, numerosos puntos para la Sede vacante y el Cónclave de elección de un nuevo papa<sup>5</sup>. Estas decisiones deben cumplirse por

5 Los electores siguen siendo 120 cardenales con 80 años de edad no cumplidos al fallecimiento del pontífice. Se excluyen explícitamente otros cuerpos electorales, como los eventuales Concilio Ecuménico o Sínodo de los obispos, en el caso en que la muerte del papa ocurriera durante sus celebraciones. Se prefiere, pues, una oligarquía senatorial purpurada a la colegialidad, más o menos universal y efectiva. Se excluyen las elecciones *por aclamación* y *por compromisarios*. Sólo es válido el escrutinio secreto de votos escritos y la mayoría tradicional de 2/3. Si ésta no se consigue en tres días, tras interrupción de una jornada, se retoma idéntico procedimiento hasta las 14 votaciones, interrumpidas por otra segunda jornada. Si todavía no se lograra la elección, el mismo cónclave, por mayoría absoluta, decidirá otra fórmula. Los conclavistas, residentes en el Hostal Santa Marta (Vaticano), estarán aislados del exterior y todo el proceso electivo será secreto. La supresión de la elección por compromisarios es significativa, pues, como se ha visto, la misma elección de Juan Pablo II, aunque no exactamente tal, se inspiró en ella.

el cónclave y solamente un nuevo papa puede cambiarlas. El papa Wojtyła ejercerá, pues, su autoridad más allá de su muerte.

De otra parte, resulta significativo recordar que en sus últimos tiempos de pontificado, Juan Pablo II ha seguido una política peculiar en la aceptación de dimisiones cardenales. Así, a lo largo de 2002 cinco cardenales de gran peso eclesial llegaron a los 75 años, edad reglamentaria especificada en el Derecho Canónico para dimitir. Fueron cronológicamente el italiano Carlo M<sup>a</sup> Martini SJ (15.II), arzobispo de Milán con gran prestigio mundial, pero considerado por el sector inmovilista curial como excesivamente aperturista. Le sigue el español Eduardo Martínez Somalo (31.III) del que se habla más adelante. El tercero, Frantisek Macharski (20.V), polaco

hecho a su "imagen y semejanza" y designado directamente arzobispo de Cracovia, siendo sólo rector del seminario local, a sólo dos meses de la elección papal. El

**Su primera visita a España pudo calificarse como un éxito, salpicado de muchos momentos entusiásticos; sin embargo, la sociedad española no cambió su rápido ritmo de secularización.**

cuarto, el alemán Joseph Ratzinger (16.IV), teólogo de cabecera del pontífice, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y hombre clave en la orientación centralista del pontificado. Finalmente, el quinto, también italiano, Angelo Sodano, Secretario de Estado desde 1991. Al único de ellos, a quien se le aceptó la dimisión fue al cardenal jesuita de Milán, nombrándose inmediatamente como sucesor a Dioniggi Tetamanzi (Génova) que subió así algunos puestos en la lista de papables. Junto a esto, Juan Pablo II ha dado un ejemplo de gran coraje personal al aceptar la renuncia anticipada del cardenal norteamericano Bernard Francis Law (Boston), gran amigo suyo, ante la situación lastimosa de la diócesis por casos de pedofilia clerical.

## 2. El Papa y España

Juan Pablo II pensó pronto en la Iglesia española. Conocía algo de su historia y su tesis doctoral se había centrado en la espiritualidad de San Juan de la Cruz. Durante el Concilio había conocido al episcopado español, en su gran mayoría también "derrotado" en el Vaticano II y sintonizaba con sus opiniones nacionalcatólicas, parecidas a las del antiguo nacionalcatolicismo polaco. Esto explica su inicial interés por visitar a la Iglesia de España. Ya el mismo día de su elección de papa, al abrazar a los cardenales conclavistas y llegar Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Madrid, le dijo que

Polonia y España eran las mayores reservas católicas de Europa. El cardenal español comentó a sus íntimos aquella frase que indicaba desconocimiento del gran cambio eclesial español, a partir del Vaticano II (1965) y de la instalación de la democracia (1976), tras cuarenta años de dictadura y más de veinte de un estado confesional católico (1953).

Su primera visita a España resultó, sin embargo, compleja. Programada para otoño de 1981, debió retrasarse por el atentado magnicida (13.V.81) que hizo al Papa auténtico "mártir cruento". Finalmente se tuvo del 31 de octubre al 9 de noviembre de 1982. Este retraso hizo que el viaje apostólico fuese tras el triunfo electoral del PSOE (28 octubre) quizás el único partido socialdemócrata europeo con explícitos reflejos anticlericales.

**Su distanciamiento del Cardenal Tarancón fue claro, pues el papa apenas dirigió la palabra al Arzobispo de Madrid durante la primera visita a España**

El viaje discurrió por 19 ciudades de toda España y pudo calificarse como un éxito, salpicado de muchos momentos entusiásticos.

Sin embargo, la sociedad española no cambió su rápido ritmo de secularización. Así lo mostraban el descenso fulminante de la demografía que le llevaría pronto al índice más bajo del mundo y la constante caída del número de vocaciones, tanto sacerdotales como de vida consagrada, especialmente en regiones como el País Vasco, Navarra y Cataluña. Con su intuición certera, Juan Pablo II se dio muy pronto cuenta del error de su primera apreciación sobre la Iglesia española.

Al mismo tiempo, algunos de los curiales de su entorno le hicieron la exégesis de que tal cambio eclesial español se debía, en parte, a los talantes "liberales", tanto del citado cardenal Vicente E. Tarancón y presidente de la conferencia episcopal, como del nuncio, Luigi Dadaoglio (1967-1980). A éste le había confiado Pablo VI la puesta al día de la jerarquía española, en parte refractaria a las tesis conciliares innovadoras. La reacción del papa Wojtyla fue enérgica. Sustituyó rápidamente a Dadaglio por su antípoda, Antonio Innocenti (1980-1985), que desconocía la situación española y decidió aceptar, poco después de su visita a España, la "dimisión canónica" que el cardenal de Madrid le había presentado cinco meses antes, al cumplir 75 años (14.V.1982). Aunque ésta ocurrió un año después (12.IV.1983), su distancia durante aquella primera visita a España fue clara, pues el Papa apenas dirigió la palabra al cardenal de Madrid.

La segunda visita apostólica a España fue muy breve y sólo tocó a Zaragoza (10.X.1984) donde el Papa hizo escala para visitar el santuario del Pilar y continuar a Santo Domingo, República Domi-

nicana y Puerto Rico. La tercera visita (19-21.VIII.1989) tuvo por objeto celebrar el "Día de la juventud" en Santiago de Compostela con un desplazamiento ulterior a Oviedo y al santuario mariano de Covadonga. También en esta visita hubo momentos entusiastas, aunque no especiales contactos con la Conferencia episcopal, presidida entonces por el arzobispo de Oviedo, Gabino Díaz Merchán. En esta visita al Papa expresó concretamente sus "ideales" de una Europa y en concreto de una España explícitamente confesional católica. En su cuarta visita (12-17.VI.1993) los objetivos principales a corto plazo fueron el Congreso Eucarístico de Sevilla y los desplazamientos a Huelva, La Rábida y al santuario de la Virgen del Rocío, todos ellos recuerdos del quinto centenario de la evangelización de América. Era entonces presidente de la Conferencia episcopal española, Angel Suquía, cardenal arzobispo de Madrid y muy identificado con la línea del nuncio Mario Tagliaferri. La Iglesia española iniciaba un nuevo rumbo y muestra de ello podría ser el hecho de que el Papa no hubiera aceptado la dimisión preceptiva por edad, del cardenal arzobispo de Madrid, desde hacía dos años (2.X.1991). Este viaje papal a España se coronó en la capital con la solemne consagración de la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena, erguida como un símbolo frente al Palacio Real y que evocaba las tradicionales cercanías de la Iglesia y el Estado, típicas del estado confesional católico y la canonización de Enrique de Ossó, fundador de la Compañía de Santa Teresa (16.VI.1993). La dimisión del cardenal Suquía fue aceptada un año después de la visita (28.VI.1994).

Al cumplirse un decenio de aquel viaje ha tenido lugar la quinta y última visita a España, que hace la número 99 de su pontificado. Su destino puntual ha sido Madrid (3-4.V.2003), razonado oficialmente por la creciente situación de invalidez del pontífice. Su finalidad era no sólo la muestra de afecto a la Iglesia española, sino además fortalecer la dirección emprendida por su nuevo presidente Antonio M<sup>a</sup> Rouco (Madrid), afectada últimamente por diversos acontecimientos nacionales e internacionales. Durante esta breve pero intensa visita, a la que los jóvenes y gran parte del pueblo español respondió con gran entusiasmo, tuvieron lugar en la céntrica plaza de Colón las canonizaciones de los beatos Pedro Poveda (1874-1936), fundador de la Institución Teresiana y mártir en la guerra civil; del presbítero jesuita José María Rubio (1864-1929) y de tres religiosas fundadoras de otros tantos institutos: Ángela de la Cruz (1846-1932), inmensamente popular en Sevilla, su ciudad natal, y fundadora de las ejemplares Hermanas de la Cruz, la castellanense Genoveva Torres (1870-1956), creadora de los hogares

para gente abanonada, cuyas monjas se llaman popularmente las "angélicas", y la madrileña Maravillas de Jesús (1891-1974), reformadora de las carmelitas descalzas y personaje clave en la última división de la orden.

Al despedirse emotivamente de España, el Papa volvió a recordar a la Iglesia local el no perder sus raíces históricas, como hiciera en Compostela (1989). El tesón y fortaleza espiritual de Karol Wojtyla, mostrado en una situación de gran debilidad corporal, ha impresionado incluso a sectores del catolicismo español que le habían sido particularmente refractarios. Lo mismo su valentía ante la defensa de la paz con motivo de la guerra de Irak, uno de los actos más universalmente aceptados de todo su pontificado.

En el transfondo de todos estos viajes ha jugado un discreto pero decisivo papel el citado cardenal riojano Eduardo Martínez Somalo (1927), considerado como la eminencia gris de la Iglesia española en la curia romana. Ayudante en la nunciatura de Londres, fue nuncio en Colombia (1975) y volvió a Roma de sustituto en la secretaría de Estado.

**Su valentía ante la defensa de la paz con motivo de la guerra de Irak es uno de los actos de su pontificado más universalmente aceptados**

Durante la operación del Papa, a vida o muerte, tras el atentado, tuvo que desempeñar la máxima responsabilidad eclesial vicaria, puesto que el Cardenal Secretario de Estado, Agostino Casaroli, se encontraba en su vuelo hacia la ONU y debió regresar precipitadamente de Nueva York. El Papa premió a Martínez Somalo más tarde con el cardenalato (1988) y otros cargos, como la Prefectura de la Congregación para el culto y los sacramentos (1989), la de los Institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica (1992). Finalmente lo hizo camarlengo, proto-diácono vaticano (1993) y no le aceptó la dimisión por edad, como ya se indicó anteriormente (31.III.2002).

Tras ser asesor papal en la defenestración de Dadaglio, Somalo aconsejó el traslado del arzobispo Angel Suquía (Santiago de Compostela) a Madrid (12.IV.1983), como sucesor de Enrique y Tarancón<sup>6</sup>. El futuro cardenal riojano, íntimo del Papa, iba a ser la clave de muchos nombramientos episcopales, durante la enérgica nunciatura del ya citado Mario Tagliaferri (1985-1995). Al jubilarse el cardenal Suquía de su archidiócesis madrileña, apoyó también el traslado a la capital del entonces arzobispo de Santiago de Com-

<sup>6</sup> Somalo pidió confidencialmente a Tarancón nombres para su posible sucesor. Los tres indicados por el cardenal de Madrid, fueron explícitamente eliminados de la lista final, presentada al Papa.

postela, Antonio M<sup>a</sup> Rouco (28.VI.1994). Al año siguiente, sugirió nombrar nuncio en España al húngaro Lajos Kada (1995-2000), que desconocía totalmente la realidad española y facilitaba toda intervención centralista. Somalo fue, además, artífice de bastantes acontecimientos posteriores en la conferencia episcopal española, especialmente en los nombramientos episcopales, factor importante en el nuevo rumbo "moderado" de la Iglesia en España.

Sin embargo, el Papa no ha querido aumentar el peso eclesial español en Europa, como había hecho con la Iglesia polaca (26.III.1992). Ambos países, de similar población católica, han realizado diverso camino. Polonia, pasó de 5 provincias metropolitanas, 2 archidiócesis autónomas y 3 distritos diocesanos (27 diócesis y unos 76 obispos), a 14 archidiócesis metropolitanas, 1 autónoma (42 diócesis y más de 100 obispos). La Iglesia española sólo tuvo una modesta expansión con las provincias metropolitanas nuevas de Madrid (1991) y de Mérida-Badajoz (1994). Los obispos en activo son hoy unos 80 en 68 diócesis (16 auxiliares). No fraguaron, en cambio, los proyectos de nuevas provincias eclesiales, en Barcelona, Baleares y Canarias.

En el caso de Barcelona, la archidiócesis más importante de Cataluña que depende del Papa directamente, ha llamado la atención el hecho de que Juan Pablo II no aceptase la dimisión del arzobispo-cardenal Ramón M<sup>a</sup> Carles, al serle presentada por el purpurado valenciano al cumplir los 75 años (24.IX.2001). Todavía más llamativa resultó la respuesta papal, al prorrogarle un bienio su puesto al frente de la archidiócesis. Algunos vaticanistas pensaron que esto significaba probablemente cierta cercanía de la creación de una nueva provincia eclesial "tarraconense".

De aplicar a España las razones aplicadas a Polonia, la Iglesia española tendría hoy más provincias metropolitanas y, desde luego, muchos más obispos. Al fin del pontificado de Juan Pablo II el episcopado español es, numéricamente hablando, el cuarto de Europa, tras Italia, Francia y Polonia. Podrá preguntarse cuál es su proyección eclesial a nivel internacional, al abrirse el nuevo pontificado. Sin embargo, esto ya es el futuro.